

VARIA

Berdiáiev, Nikolái, *Contra la indignidad de los cristianos*, Sígueme, Salamanca, 2018. 158 pp., 20x14 cm.

Nos encontramos ante un libro menudo e intenso del escritor y filósofo ruso Nikolái Berdiáiev, testigo de importantes acontecimientos de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Se trata de cinco breves artículos y una excelente introducción de Céline Marangé, que recorren la espina dorsal del pensamiento filosófico y teológico del autor a lo largo de dieciocho años, que es el tiempo que dista de un ensayo a otro.

El primer artículo, «Sobre la libertad cristiana (1910)», de tono apologético y exhortativo, combina una suerte de teología negativa y mística al hilo del diagnóstico de la libertad de conciencia. Se trata de un texto crítico con las estructuras terrenales que hablan de Dios y con los modelos impositivos que se trasladan a la fe y que la hacen imposible. Su tesis es que la libertad de conciencia está desenfocada desde ambas posiciones, tanto la atea como la religiosa. En rigor, la libertad de la vida religiosa es un deber (33); no es un principio formal, sino material, porque se funda en la propia vida. La libertad auténtica está contenida en la fe cristiana y ella es guía contra la intolerancia, frente a la imposición de modelos formales, vacíos de realidad. Tanto en la ortodoxia como en el catolicismo se dan estos modelos de imposición resultado de las ansias de conocimiento del dato revelado, sólo aprehensible por la fe, un elemento humano que no es forzado y que garantiza, por un acto de libertad, la visión de lo invisible. Además, la Iglesia nunca viene desde lo exterior, es algo interior y propio que rezuma libertad porque sigue a Cristo. Solo desde la libertad se funda la Iglesia, que permanece fiel a la misión de Cristo y a la espera de que la conformen hombres de fe y no esclavos de una jerarquía coercitiva. Uniones como Iglesia y Estado o ciencia y fe cierran la posibilidad de lo sobrenatural, de lo invisible (46).

En «Salvación y creación (1923)», Berdiáiev suma al dualismo clásico sacro-profano otro dualismo pernicioso para lo auténtico cristiano: Iglesia-mundo. Esta visión errática de la creación y la salvación se inicia en la época medieval y se perpetúa en la modernidad, creando espacios separados para lo profano, el mundo o las cosas del hombre, por un lado; y lo sagrado, la Iglesia, las cosas de Dios, por otro. Creación se opone entonces a salvación (55). El dualismo Iglesia-mundo ha dado lugar a un individualismo cristiano indiferente al curso de lo social. El hombre ha perdido su libertad creadora, implícita en su ser y que se orienta a lo divino. Se impone volver a valores olvidados, como la humildad, que nace de lo interior y es expresión de fe y seguimiento de Cristo. Fuente de humildad son los padres de la Iglesia griegos, que introducen la idea de *theosis* o divinidad del hombre en la propia tierra. El autor sostiene que el cristianismo es una religión de la transfiguración del mundo y de la divinización de la criatura; una religión cósmica y social de amor desinteresado, en donde la resurrección es universal y el amor a Dios y al hombre son irrenunciables (claves del cristianismo ortodoxo). Aquí entra en escena la mística, un grado de espiritualidad superior que sumada a la teología apofática, pone freno al ropaje eclesial y dogmático y permite resituar la autenticidad del cristianismo.

La idea de Iglesia lleva implícita la de salvación comunitaria, no individual. Cualquier planteamiento de salvación personal (individual) lleva consigo un alejamiento de Dios y de la doctrina auténtica. Es una «deriva budista en el cristianismo» (79). El hombre está llamado en la propia creación a descubrir su don creativo, a participar de la obra divina y completarla. Así se ordena a su salvación, se orienta a ella. Porque «la creación implica una forma original de ascesis espiritual» (82); crear es forjar la salvación, es ponerla en marcha. Berdiáiev reclama una eclesialización nueva, no entendida desde la teocracia y la hierocracia, sino desde la creación espiritual. La conciencia eclesial debe reconocer la teofanía de la creación, distanciarse del envite cultural de la modernidad, que seculariza, que desliga al mundo de lo divino, que anula lo trascendente en lo mundano. Es la barbarización (88). Hay que reclamar una cultura cristiana que es eminentemente espiritual. Porque la lucha no es eclesial, sino espiritual, entre aquellos

que rehuyen de la creación y se encierran en lo normativo; y aquellos que abogan por la revelación creadora de la esencia humana que expresa al Dios vivo.

El tercer artículo, «La idea de la divino-humanidad en Vladímir Soloviov (1925)», es una breve reflexión sobre este filósofo y teólogo, amigo de Berdiáiev. El cristianismo que propugna Soloviov está en la línea del autor, con una vuelta a los Padres y la dimensión humanística de la religión de Cristo. El hombre es mediador entre lo divino y lo mundano. La doble naturaleza crística debe darse en el ámbito social; el reino sólo puede expresarse bajo esta doble dimensión, plenificada en Cristo y que necesita manifestarse en el mundo. Al igual que Berdiáiev, el cristianismo de Soloviov no es solo una religión de salvación personal, sino de «transfiguración del mundo, como una religión social y cósmica» (98).

En «Algunas reflexiones sobre la teodicea (1927)», Berdiáiev se adentra en el difícil tratado de la explicación del mal. El punto de partida para comprender la teodicea ha sido ya apuntado: la divino-humanidad. No es posible explicar la cuestión del mal desde Dios o desde el hombre, sino desde Cristo, «la humanización perfecta de Dios y la divinización perfecta del hombre» (116). El amor que expresa Cristo también tiene su dimensión sufriente, que nace del mal; la cruz es símbolo y es muestra de ello, no signo de imperfección, sino todo lo contrario. Dios sufre porque no desea la felicidad para sí mismo, sino que comparte con su creación los efectos del mal. El problema es que la metafísica cristiana ha introducido la idea del mal en el mundo y no solo no ha podido dar respuesta, sino que ha trasladado la cuestión a la esfera divina. La teología naturalista y racional, sobre todo la practicada por los católicos, se aleja del cristianismo auténtico e impide el acceso a Dios. La teodicea, dice Berdiáiev, solo es posible si se hace desde la libertad cristiana, una libertad que no está arraigada en el ser, en la naturaleza humana, sino en el espíritu. Esta libertad, capaz de generar mal, es posibilidad pura, tiene que ver con el abismo, la nada, está fuera del ser, del mundo, lo precede (121). A Dios no le es aplicable nada, no solo el mal, ni siquiera el bien, pues él mismo es el bien, la belleza y la verdad. El ejercicio de la teodicea en la historia de la teología ha sido el esfuerzo de disculpar a Dios de las elucubraciones humanas. Por eso es necesario volver a la mística, con el objeto de adentrarse en el misterio en detrimento de la teología tradicional o positiva. La comprensión de la *theosis* o divinización sólo es posible desde lo místico, en donde adquiere su verdadera dimensión la creación y el sentido de la misma.

El libro se cierra con el artículo que da título a la obra. Lo indigno del cristianismo no es la religión en sí misma, sino los cristianos, aquellos que han proyectado sus miserias en la religión de la cruz. El reino de Dios en el mundo solo pasa por la cruz y el sufrimiento, nos dice Berdiáiev. Cualquier intento de implantarlo sin referencia auténtica a Dios, sea comunismo o socialismo, está abocado al fracaso, como la historia muestra. Cristo, la Escritura y la Tradición interpelan al cristiano a restituir la dignidad de la religión última, que ha sido desvirtuada durante siglos con intereses mundanos e indignos. El cristianismo no se realiza desde el exterior, no es una enseñanza moral, como expresa Tolstoi (151). El humanismo ateo y la separación Iglesia-Estado son acontecimientos en los que el autor ve una oportunidad de profesar el cristianismo verdadero. Se avecinan tiempos de persecución, como al comienzo de la religión del amor. Es más, es el tiempo en el que los cristianos van a dejar de «ser un obstáculo en el camino del cristianismo» (155). Cristo y solo Cristo y desde el interior del hombre, desde su espíritu más profundo, es el camino para restituir el cristianismo auténtico y dejar atrás la indignidad en la que se ha convertido la religión verdadera.

Concluimos recomendando esta obra por su claridad expositiva y por la fuerza de sus argumentos. Además, las aportaciones de Berdiáiev arrojan luz crítica sobre determinados argumentos eclesiales, empeñados en mostrarse continuadores del kerigma cristiano. La obra de Berdiáiev permite esclarecer los presupuestos básicos del cristianismo desde la óptica del compromiso con la fe auténtica y la praxis imitadora de Cristo. Su lectura nos acerca a una comprensión profunda de lo cristiano en clave ortodoxa y ayuda a recomponer la impronta católica de nuestra confesión.

Antonio Martínez Macanás